

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Martin Luther King: acusación y esperanza [Martin Luther King: impeachment and hope]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Moliner, Ramiro
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-06-20 14:34:38
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224348

MARTIN
LUTHER KING:
ACUSACION
Y ESPERANZA

Ramiro Moliner

EL asesinato de Martin Luther King —5 de abril— hizo estremecer al mundo.

No es tarea fácil intentar definir la compleja sensación que los hombres de buena voluntad experimentaron ante la noticia del hecho consumado. Fue una mezcla de resistencia a aceptarla, de dolor, indignación, disgusto, asco, vergüenza, culpabilidad, vacío, arrepentimiento, esperanza... El mundo está bajo proceso por haber matado a un hombre de treinta y nueve años, negro esta vez, en el intento desesperado e inútil por hacer callar el grito acusador de su propia conciencia. Inútil porque el eco de ese grito ahogado ha resultado ser mucho más fuerte que el mismo grito.

Prensa, Radio y Televisión del mundo entero sirvieron de potentes amplificadores. A través de ellos nos ha llegado a cada uno de los hombres la trágica «noticia» y en ella la acusación de nuestra culpabilidad colectiva y personal. Los innumerables artículos y comentarios sobre el «acontecimiento» y su inevitable secuela de violencia coincidían en un punto fundamental y gravísimo: la culpa es de todos y de cada uno, para vergüenza nuestra.

No sé cuál será el *raport* definitivo de la Policía. Ni siquiera me interesa lo que puedan decir los juristas que se ocupan del foro externo. Nuestra conciencia de hombres y de cristianos nos dice claramente que se trata de un crimen social. Un crimen que ha sido premeditado y preparado minuciosamente por la Humanidad entera. Pero ésta, para continuar siendo «respetable» y salvar las apariencias ha enviado un delegado suyo, un sicario, que debía en su nombre apretar el gatillo. Lo que en nosotros existe todavía de vil y de egoísta se había ya cansado de la voz acusadora del Pastor negro, cuyo único delito era el de entonar el clamor de justicia en favor de los

hombres oprimidos. En el fondo, su voz no era más que el eco de la conciencia de la Humanidad que se rebela, de nuestra propia conciencia a la que, con infinidad de argumentos, habíamos conseguido semiadormecer.

Ingenualmente creíamos que, si lográbamos hacer desaparecer aquel eco molesto, la misma voz acusadora acabaría por extinguirse dejándonos tranquilos. Sin embargo, ahí está el resultado. Esa voz nos persigue, reforzada ahora por un crimen más de lesa humanidad «que pesa sobre la conciencia del mundo» —así ha dicho Pablo VI.

En esta ocasión, como en tantas otras, sería muy fácil, muy cómodo, pero muy hipócrita, después de unas frases de condolencia o de algunos suspiros más o menos sinceros, encogernos de hombros y echar la culpa a los racistas norteamericanos. Con ello no haríamos más que rubricar las palabras antisociales de Caín ante la primera sangre humana derramada violentamente en la Historia: «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?» (Gen 4,9).

* * *

Luther King, con su muerte, no ha hecho sino continuar la fatigosa marcha a través de un camino jalonado de piedras rojas por la sangre de los justos que le han legado su mensaje y su método. «Yo soy el camino» —dijo un día Cristo— (Jo 14,5). Y se sabe que llamó, con amor pero sin remilgos, «hipócritas» a los poderosos de su tiempo, porque tenían el corazón henchido de orgullo y de egoísmo. Pero aquella presunción le costó cara.

King era también perfectamente consciente del riesgo que encerraba el caminar por aquel mismo Camino. Sabía que «ningún discípulo está sobre su maestro» y que «para ser perfecto ha de ser como su maestro» (Lc 6,40). En una ocasión había dicho: «A causa del compromiso adoptado en la lucha por la libertad de mi gente, en los últimos años, he conocido pocos días de tranquilidad: doce veces he estado encerrado en las cárceles de Alabama y Georgia; por dos veces han estallado bombas en mi propia casa; raramente pasa un día sin que mi familia y yo recibamos amenazas de muerte; he sido ya víctima de una agresión casi fatal. Realmente las tempestades de la persecución me han azotado» (M. L. King, *La forza di amare*; edición italiana de sus sermones predicados en la iglesia baptista de Montgomery y de Atlanta).

¿Quién no recuerda aquí la «impresionante hoja de servicios» que San Pablo, el predicador de la caridad, presenta a la Iglesia de Corinto (2 Cor 11,23-32). No sería difícil imaginar hoy al Apóstol al frente de la gigantesca «Marcha sobre Washington» o la no menos impresionante «Marcha de los pobres» para reclamar, en favor de millones de hombres, justicia y libertad que son el fundamento de la caridad. Marchas que, a través del mundo del bienestar de unos cuantos, revisten un misterioso carácter escatológico. Marchas que, a través de un desierto de humillaciones y sufrimientos, conducen a todo un pueblo a la tierra prometida. Largas y agotadoras marchas de hombres de todas las razas, países y credos que, a través de todos los senderos del mundo, se dirigen al corazón de una Humanidad autosuficiente para reclamar, unidos, el sagrado respeto debido a su dignidad humana que, incomprensiblemente, en la era atómica, parece ser el privilegio de una minoría.

Pero, ¿tan grave es este delito, que la Humanidad condena irremisiblemente a muerte a quien osa alzar la voz para pedir igualdad de derechos, libertad efectiva para todos los hombres, fraternidad entre todos los que formamos la familia humana?

Sólo en los últimos veinte años tres grandes *líderes*, tres profetas, tres guías que han intentado abrir una «nueva frontera» para la Humanidad, desafiando conscientemente a los salteadores de ese camino peligroso, han caído víctimas de su audacia y de su generosidad. Gandhi, John Kennedy, Luther King: tres figuras convertidas en hitos que marcan una senda luminosa proyectada hacia el futuro de la esperanza a través de la selva oscura de un mundo en crisis.

* * *

El Pastor baptista L. King, nuevo mártir de la no-violencia, ha sabido encarnar en nuestra época la palabra de Cristo, ha creído en la posibilidad de que la norma evangélica puede llegar a ser fuerza de transformación histórica y social, si logra conservar su pureza y su pujanza a través de nuestro compromiso total y generoso. El afirmó que «una religión que se interesa por las almas y no se preocupa igualmente de los tugurios que embrutece al hombre, de las condiciones económicas que lo estrangulan y de las condiciones sociales que lo paralizan es una religión espiritualmente moribunda» (L. c.) «Su fe —escribe el P. Balducci— ha humillado nuestro escepticismo de cristianos civilizados y nos ha producido la inquietante sospecha de que la palabra de Cristo, si quiere volver a encontrar su virginidad, tal vez tenga que salir de la cristiandad blanca que la ha aprisionado entre reflexiones de prudencia».

En un mundo como el nuestro, en el que el desorden y la injusticia están institucionalizados y poseen su carta de identidad oficialmente reconocida, no hay más que dos posibles vías que conducen hacia la justicia a través de «transformaciones audaces profundamente innovadoras» de la situación actual (*Populorum progressio*, n. 32): o de la violencia y el culto a las armas, que es el camino aparentemente más corto, más fácil, más eficaz; vertiginosa tentación para muchos impacientes de nuestros días; o la de la no-violencia activa, que es una presión psicológica constante llevada a cabo por medio de la denuncia profética de la injusticia, animada siempre por el respeto y el amor hacia las personas que la encarnan.

Este es un camino más largo: «no quisiera dar la impresión —decía King— de que la no-violencia puede hacer milagros de un día para otro: los hombres no se dejan mover fácilmente de sus categorías mentales ni abandonan con facilidad sus sentimientos irracionales, fruto de graves prejuicios» (L. c.). El método de la no-violencia exige una fe profunda y una esperanza paciente y esto no es fácil para quien se siente constantemente humillado y herido en sus derechos más personales. Su fuerza y su lógica es incomprensible para quien razona con categorías de política pura y, sin embargo, «podría ser la más potente de las armas políticas: los violentos mueven las masas, los no-violentos hacen de una masa un pueblo; los primeros han nacido de un pasado insostenible, los segundos son hijos del futuro» —la observación es también del P. Balducci.

Sabemos que sólo a los auténticamente mansos y pacificadores se les ha prometido la posesión de la tierra y el ser llamados hijos de Dios (Cfr. Mt 5,4 y 9). Quizá por eso son tan «peligrosos». Tal vez, por eso, el camino seguido por ellos está lleno de riesgos. La vieja sociedad no se ha enterado todavía de que la Historia ha penetrado en una nueva era, a través de una nueva frontera y que, para solucionar los eternos problemas de justicia, libertad, desarrollo, paz, fraternidad entre todos los hombres no sirven ya los esquemas trasnochados de la violencia y de la guerra, que en definitiva nunca

arreglaron nada. O quizá teme que esa «tierra» de la promesa, ese reino que creía poseer para siempre, pueda pasar a manos de estos intrusos y pacientes pacificadores. Por eso, reacciona desesperadamente, como Herodes, haciendo matar a los inocentes.

Dos posibles caminos para la construcción del mundo nuevo hacia el cual tiende decididamente la marcha de la Historia, signo claro de los tiempos, captado con profética precisión por el Pastor negro en estas palabras: «Estoy convencido de que el universo está bajo el control de una intuición amorosa y que en la lucha por la justicia el hombre tiene aliados cósmicos».

Sólo dos caminos, porque el otro, aquel que, según el P. Llanos, «rechaza la sangre y la sustituye por un conjunto equívoco de prudencias, evoluciones, encogimientos, literaturas, compromisos, miedo...» ese es un callejón sin salida. Está comprobado que ese camino, a pesar de ser muchos los que lo siguen, no lleva a ninguna parte que merezca la pena.

Y, entre la dos vías con posibilidad de eficacia, Martin Luther King, «El Gandhi negro» —como le llama Enzo Biagi— (Cfr. M. L. King, *Lettera dal carcere*) escogió la de la no-violencia, no sólo por su fe y adhesión intelectual a la validez superior de este método, sino porque fue generoso hasta hacer de él su «forma de vida»: «Evitad siempre la violencia: si derramáis semillas de violencia en vuestra lucha, las generaciones futuras recogerán la tempestad de la desintegración social... continuad en vuestra protesta combatiendo con métodos y armas cristianos: usad medios que sean tan puros como el fin que perseguís... el amor ha de ser vuestra arma principal». He aquí la síntesis de su predicación.

Luther King tenía la clara intuición de que, a pesar de todas las tensiones, luchas, y búsquedas que caracterizan a nuestro mundo, algo profundamente nuevo está naciendo. Será un parto difícil porque toda crisis, más si es de dimensiones universales, encierra un riesgo y una posibilidad. Por eso, exigirá la colaboración de innumerables manos humanas fuertes y expertas pero delicadas a la vez. Los términos del dilema se presentan bien claros: «Si admitimos que la Humanidad tiene derecho a la supervivencia, entonces tenemos que encontrar una alternativa a la guerra y a la destrucción. En una época como la nuestra, caracterizada por los vehículos espaciales y los misiles balísticos teledirigidos no hay más que una elección posible: o la no-violencia o la no-existencia».

¿Dos caminos para el futuro? L. King nos ha dicho que sólo uno es válido. El ha sido asesinado mientras recorría, con el puñado de los que creían en su doctrina, el camino de la no-violencia. Así, ha contribuido como nadie a la edificación de un mundo más justo, más humano y más divino. Como Cristo, era piedra de escándalo para todos sus espectadores: los blancos le consideraban demasiado subversivo y revolucionario: amotinaba al pueblo y era peligroso para la estabilidad social; los negros extremistas le juzgaban demasiado débil y como pasado al enemigo, porque estaba siempre dispuesto a tenderles su mano amistosa; el resto de los impacientes le miraba incrédulo en la eficacia de su método. Volvió a sonar no se sabe dónde aquella frase trágica: «Conviene que muera un hombre por todo el pueblo...» (Jó 11,50). ¿Cuántas veces tendrá que cumplirse aún esta profecía hasta que se reúnan «en uno todos los hijos de Dios que están dispersos»? (Jó 11,52).

Martin L. King tuvo la suerte, como Moisés, de contemplar desde la montaña la tierra prometida de su pueblo. Y, como Moisés, Dios le pidió el sacrificio de su vida, necesario para que en torno a su nombre su gente tuviera la esperanza y la constancia de llegar hasta el final. Como Juan el Bautista, no hizo más que preparar el camino. Y, como todos los profetas, una vez cumplida su misión, desapareció, de pronto, dejando en el corazón de los que le oyeron un vacío y un poco más de inquietud, una tensión esperanzadora y un deseo más fuerte de amar, un movimiento de gratitud y un interrogante que se hace oración: ¿Cuánto tiempo será necesario todavía para que su visión mesiánica, el abrazo sincero entre los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los esclavistas, se convierta en realidad gozosa para nuestro mundo dividido, atormentado y, sin embargo, necesariamente abierto a la redención?